

INTRODUCCION

Estas páginas son el resultado del compromiso que la Comisión de Cultura del Colegio Oficial de Arquitectos de Galicia adquirió con **Ciudad y Territorio** en el sentido de aportar a este número monográfico algún trabajo acerca de «Dotaciones de centros rurales». Dada la premura de tiempo, fue imposible encontrar a alguien que se responsabilizara individualmente de escribir un artículo medianamente serio sobre el tema. Ante esto, y como parecía desaconsejable que en un conjunto de trabajos sobre Galicia no apareciese ninguno que abordase globalmente un problema tan vital para la región como es el de los asentamientos rurales, el Colegio Oficial de Arquitectos de Galicia optó por organizar una mesa redonda en la que, si bien no se alcanzaría la profundidad propia de un trabajo de investigación, al menos podrían apuntarse los problemas fundamentales en este terreno. Con este fin se celebró el día 13 de febrero en Santiago una reunión de trabajo con participación de los ingenieros agrónomos José Antonio Rueda y Manuel Baena; el sociólogo Mario Orjales; los arquitectos Andrés Fernández-Albalat, César Portela, Alberto Basanta y José Álvarez-Ude, y el gerente de la Comisión de Cultura del C. O. A. G., Justo G. Beramendi.

Como puede observarse por el desarrollo de esta mesa redonda, aunque el tema fijado era «Dotaciones de centros rurales», los participantes se desviaron constantemente, casi como empujados por una fuerza irresistible, hacia otros derroteros, lo cual es bastante significativo e indica que el problema fundamental de la ocupación del territorio en Galicia desborda con mucho la cuestión de las mejores o peores dotaciones de sus núcleos rurales. Lo que está sobre el tapete es algo mucho más importante: la persistencia o el cambio profundo de las formas mismas de asentamiento.

Por otro lado, los participantes en la mesa redonda manejan unas categorías que ellos dan por supuestas. Sin embargo, es muy probable que resulten poco familiares para el lector no gallego. En este sentido hay un hecho que conviene señalar de entrada. En Galicia, los municipios no suelen tener una base geográfica ni obedecen a una realidad socioeconómica. La organización municipal carece casi siempre de sentido y contenido. La extensión media de los municipios gallegos se puede cifrar en 93,70 km² (casi el doble de la media nacional, que es de 54,86 km²), oscilando su extensión entre los 2,37 y los 524 km². Como muy bien dice Carmelo Lisón, estas cifras por sí solas dan idea de la arbitrariedad de la división municipal.

La célula territorial básica es la parroquia, que constituye una unidad geográfica, cultural y social perfectamente definida y operativa. A su vez, la parroquia está integrada por unas entidades de población cuya tipología es muy variable. Para introducir al lector en este tema, reproducimos al margen dos citas que consideramos suficientemente ilustrativas.

Las formas de asentamiento en Galicia

1. Chámase modo de habitación rural ás diferentes formas de agrupamento dos homes que viven predominantemente do dereito traballo traballo do chan. Unha mina, unha estación do tren, un balneario, etc., non entran de por sí en tal categoría. Compréndense as industrias inmediatamente derivadas do traballo do agro (viñificación, tecido do liño, seca das castañas, augardente, fabricación de ferramentas de labranza l outras, moitas delas necesario remate do propio traballo agrícola), do gando (derivadas do leite, coma queixos e manteigas, tecido da lá, conserva do porco) e da necesidade de fornecer a vida doméstica nos lugares afastados dos mercados vilagea (ou imposta tamén polo aproveitamento dos materiais da terra: canteiría, carpinteiría, zapateiría, etc.). Ista forma de vivir abóndase pra si mesma. A vida ten por fundamento económico o comercio ou un sistema de necesidás espritoales (relixiosas), ou de goberno, sen aparecer inmediatamente ligada ó traballo do chan.

2. Chámase poboazón concentrada aquela que se dispón en pobos ou aldeas de gran número de veciños irradiando a súa aitividade sobre unha grande extensión de chan labrego. As aldeas están afastadas unhas das outras. En moitos casos, non hai aldeas verdadeiras, senon pequenas vilas cos seus caracteres específicos de tales, acarón das propiedades de forma labrega. Pódense distinguir varias formas: a) Aldeas ou pobos grandes de caseirío xunto, de feitura vilega, cinguidos polas terras de labor en radios diferentes, asegún as necesidás do traballo (hortas, eidos de pan, bosques, montes). b) Pobos formados por casas familiares arrodoadas cada unha pola súa horta, mais todas ilas formando un conxunto. c) Pobos formados por casas soilo de habitación, tendo no campo as habitacións propiamente agrícolas. d) Pobos que xuntan a vivenda l os edificios de esprotación no mesmo conxunto.

3. Poboazón espallada ou dispersada é a que se dispón en pequenas aldeas próximas entre elas. Eiquí coma no apartado derradeiro o centramento ou dispersión hánse considerar en relación coa poboazón do país de que se trate.

A dispersión pode ser forma antiga ou nova, procedente niste caso dun repartimento de terras, dunha nova rede de camiños e doutras cousas. Unha grande vila comercial pode criar nos

seus arrabaldos unha forma de dispersión labrega. O lugar (hameau, hamlet, weiler) é sempre unha forza de dispersión. Calquera dos lugares leva a dirección espritoal (lugar da eirexa) do grupo. Iste é o caso da parroquia galega, tipo de poboazón espallada. Unha grande granxa non pode ser considerada como forma de espallamento, pois os obreiros inda que vivan en casas isoladas, dependen do traballo da granxa. Soilo moitas granxas espalladas nun chan poden, polo seu número, considerarse coma poboazón dispersa.

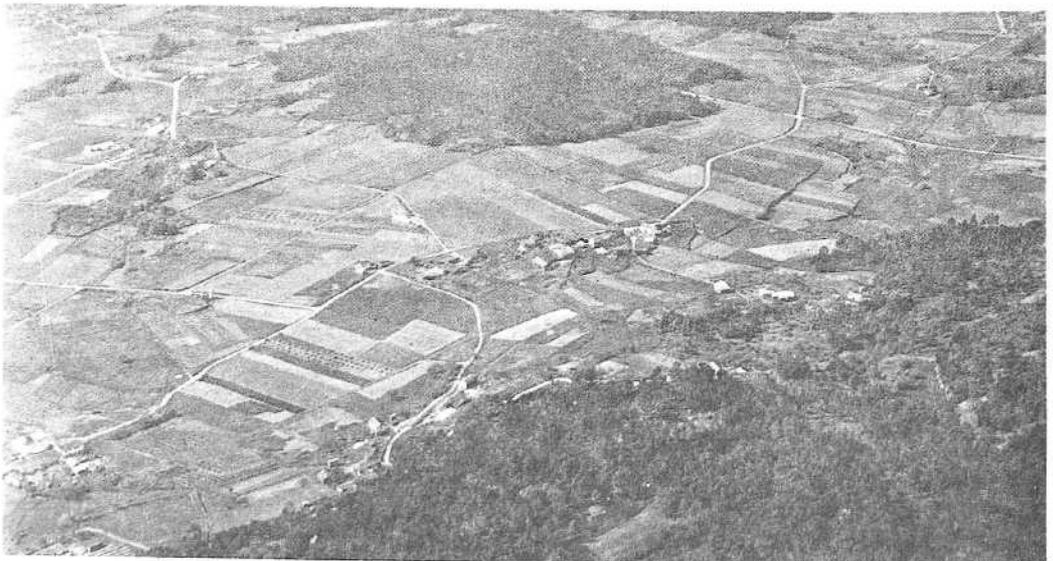
R. OTERO PEDRAYO: «Problemas de xeografía galega. Notas encol das formas de poboazón labrega». Seminario de Estudos Galegos. A Cruña, 1928. p. 6-7.

Beiras, partindo de la existencia/inexistencia de núcleos en el hábitat, examina la correspondiente distribución de viviendas, hogares y habitantes. Valiéndose de la definición standard de núcleo: «diez o más edificaciones agrupadas de manera que formen calles o plazas, formando parte de él las construcciones aisladas o distantes menos de 500 metros de sus límites exteriores, o más si están enlazadas por algún sistema urbano de servicios» elabora cuatro series de coeficientes y obtiene estos resultados (promedios): el 16,5 por 100 de la población en la provincia de Coruña vive en entidades sin núcleo, entidades que ascienden al 60,7 por 100 del total. Las cifras para las otras provincias son, respectivamente: Pontevedra: 66,6 y 94,7; Lugo: 78,1 y 99,4; Orense: 7 y 37,4. El promedio de habitantes entidad en cada provincia y según el orden citado, es: 86, 109, 48 y 99. Son todavía más reveladores, por filtrar mejor el aspecto cultural, los datos siguientes: el número de entidades con menos de 200 habitantes pasa del 90 por 100. La mitad al menos, del total de las entidades de población cuenta con un número de habitantes inferior a 50, pero el promedio de habitantes por núcleo de población es de 80, frente a 446 en España. Estas dos últimas cifras regionales son muy significativas. Y los problemas planteados para el saneamiento, comunicaciones (telefónicas y telegráficas), electrificación, escolaridad, asistencia cultural, red vial y toda clase de servicios, obvios.

La nomenclatura local para designar los pequeños núcleos de población dista mucho de ser homogénea. Cuando **pueblo** es contrapuesto a **aldea**, aquél significa ciudad, capital de provincia, o al menos de partido judicial (a cuya capitalidad llaman también **vila**), por ejemplo: Coruña, Pontevedra, Ferrol, Puente-Caldelas. **Pueblo** puede también significar capital municipal para realzarla sobre las aldeas que caen bajo su jurisdicción; pero en Beade (Orense) en la misma conversación en que me explicaban que Beade era **pueblo** por ser capital municipal, y que así se distinguía de las aldeas que le rodean, se refirieron a Noallo como **pueblo**, siendo una aldea satélite de la parroquia de Santa María de Castrelo de Miño. Y aunque no es lo normal en la región, llaman también **pueblos** a pequeñas aldeas en Carballeda de Avia, Avión, Beariz, Villardévós, Ramiranes (todos en Orense), y más insistentemente en las montañas del Cebreiro y Caurel.

En la provincia de Pontevedra los pequeños núcleos de población son conocidos normalmente como **barrios**, lo que también sucede en algunos municipios de Orense y Lugo. La connotación subjetiva de barrio es pertenencia a una determinada parroquia cuya capitalidad es conocida por los hablantes; ésta viene dividida en segmentos o **barrios**, esto es, cada grupito de casas dentro de la parroquia constituye un **barrio** y como tal se opone al núcleo que preside la iglesia parroquial. Este es designado frecuentemente como **Lugar de la Iglesia**. A su vez, **lugar** sustituye a **barrio** (y a aldea) y funciona como tal en la provincia de Coruña, donde incluso una sola casa puede constituir, o ser llamada, **lugar**. Se trata del lugar acasariado. **Rueiro** significa también grupito de casas y como tal es empleado en algunos municipios coruñeses. Barrio y lugar son a veces intercambiables, por ejemplo, en San Cristóbal de Cea que está dividido en tres **barrios** llamados «a cima do lugar», «o fondo do lugar» y «a plaza». Por último, dos núcleos próximos, separados por altitud, son también designados recíprocamente como **barrios**; así Riocereixa de Arriba y Riocereixa de Abajo (Lugo). El nombre de **aldea**, aunque conocido, es menos usado.

Carmelo LISON TOLOSANA: «Antropología cultural de Galicia». Siglo XXI. Madrid, 1971. pp. 112-113.



MESA REDONDA

C. PORTELA.—El objeto inmediato de esta reunión es hablar un poco a fondo, si fuera posible, de los núcleos rurales; de sus dotaciones de servicios, para ser más concreto. Se me ocurre que podríamos hacer un guión sobre esta base, o sea, no perder de vista el objeto de este trabajo y, empezando un poco con el guión, preguntarnos cómo se entiende en Galicia la tipología de los núcleos rurales o su posible clasificación atendiendo a diversas razones, que también se pueden establecer. Después vendrían dotaciones existentes también con carácter general, necesidades perentorias de esos núcleos con dotaciones inmediatas y, más adelante, dotaciones ideales. El compromiso del Colegio en este sentido se debe a que **Ciudad y Territorio**, que es una revista de ámbito nacional, va a publicar un número monográfico sobre Galicia. Y como desde Madrid las cosas se ven de una forma muy especial, sería muy interesante abordar el tema empezando por hacerles ver cómo son nuestros núcleos rurales, porque a lo mejor se creen que son más o menos como los de Castilla. En Madrid, cuando se hace una Ley del Suelo, se tiene en consideración una tipología muy determinada que se da en el centro de España o en la meseta, y después llegas aquí y resulta que es inviable. Por eso yo empezaría por una definición de lo que son aquí los núcleos rurales, si es posible hacer una clasificación de ellos, atendiendo a las razones que sean, sin perder de vista, aunque surjan otras cosas que seguramente serán tan interesantes o más, que al final debe quedar clara la definición de núcleos, clasificación de los mismos, dotaciones existentes, dotaciones deseables, etcétera.

A. F. ALBALAT.—Lo que dice César es una cosa muy concreta y además al final es a lo que hay que ir, porque, al parecer, es lo que nos piden. Sin embargo yo, como cosa previa, plantearía una especie de mesa revuelta, más que mesa redonda, sobre la existencia misma de los núcleos rurales, sobre su identidad. Y creo que esto está muy en la línea de lo que dice César. Tales núcleos, ¿siguen existiendo en realidad? Es decir, ¿vamos a hablar de dotaciones o vamos a hablar de anulaciones? Perdón por si digo una barbaridad, pero podemos hablar de núcleos rurales y llegar a la conclusión de que no existen, o, mejor, que están dejando de existir, extinguiéndose. Creo que en este momento se están cuestionando muchas cosas en Galicia, sin cuestionarse y plantearse antes eso como tema previo. En segundo lugar, habría que intentar, además de una clasificación cuantitativa, que podría darse, una clasificación cualitativa: ¿son núcleos de población?, ¿son núcleos funcionales de trabajo?, ¿son núcleos mixtos? ¿Qué es lo que pasa, caso de que existan y deban seguir existiendo? Otro punto a tener en cuenta: la dispersión. En Galicia hay del orden del cuarenta y tantos, creo que el cuarenta y cinco por cien de los núcleos de población de España. Con la décima parte de la población, tres millones y pico contra treinta y tantos, tenemos el 47 por 100 de núcleos de población. Esto implica muchos costos y plantea la posible conveniencia de concentración ante esa dispersión. Entonces surgen otras cuestiones: ¿qué tipo de concentración?, ¿hasta dónde concentrar? Tenemos, por un lado, que es preciso descongestionar ciudades y, por otro, hay que «congestionar» el campo. Pero, ¿hasta dónde y desde dónde?, pues si estos núcleos se concentran excesivamente, dejan de tener esta peculiaridad suya de Galicia. Es un tema delicadísimo. Al ruego se le echa mucho hórreo y mucho folklore, pero a la concentración se le echa mucha «macrocosa», y entonces, dispersión o concentración?, y si es concentración, ¿hasta dónde?

Es decir, a lo mejor hay una cuestión previa, que es sociológica, claro, antes que económica, y socio-económica-política. Esto es, ¿qué es núcleo rural? Y segundo, ¿qué debe seguir siendo? y, sobre todo, ¿debe seguir siendo? Perdonad, pero resulta que venimos a hablar de dotaciones y de núcleos rurales, y lo que yo estoy poniendo sobre la mesa es si siguen existiendo núcleos rurales, tal como estaban hasta ahora. Porque, a lo mejor, nos contentamos poniéndoles un poquito de agua, un poquito de luz, un poquito de lavaderos, un poquito de escuelas, y a lo peor tiene que quitárselo todo y concentrarlo. Y así la gente, en lugar de marcharse a Alemania o a Suiza, de donde ahora se vuelve, se marcharía a una cabecera de comarca potenciada. Perdón, porque son muchas cosas, demasiadas cosas las que se plantean como cuestión previa que, con todos los respetos, me parecen vitales, y con esto a lo mejor contribuyo a la confusión, ya que, en lugar de hablar de dotación de núcleos rurales, nos dispersamos hablando de una cosa que no tenemos posibilidad de aclarar. Entonces, si os parece, decimos: «Pues mira, será cierto o no será, pero vamos a seguir hablando

de la dotación de núcleos rurales» y nos reunimos otro día para hablar de otra cosa.

J. G. BERAMENDI.—Perdona que intervenga, pero creo que todo lo que estás diciendo viene muy a cuento porque, en el fondo, el espíritu que guiaba a la revista al encargarse este trabajo era sondear un poco la situación y los problemas de las zonas rurales gallegas. Lo enfocaron por dotaciones, pero esto no quiere decir nada.

A. F. ALBALAT.—¿Y si a lo mejor el sujeto objeto de una dotación no debe ser tal sujeto o debe ser otro sujeto? A lo mejor, hay que replantearse el tema. Mira por donde el núcleo rural es otra cosa, y sobre todo, queremos y creemos que debe ser otra cosa.

J. A. RUEDA.—En mi opinión, deberíamos analizar también, para completar eso, por qué la población está distribuida en núcleos. Yo opino —lo hemos hablado alguna vez— que está en función de un sistema de producción, de un sistema de trabajo. Aquí en Galicia, la población campesina es fundamentalmente ganadera, de forma que no puede residir a diez kilómetros de donde está la vaca ni del sitio donde tiene la comida la vaca. Eso podría transformarse, pero entonces no se trata ya de transformar el núcleo, sino el sistema de producción, lo que es otro problema, y muy complejo. Eso son palabras mayores y parece que lo ideal sería una cooperativa. En cuanto a los núcleos, y quizá sea meterme un poco en el tema, creo que es muy interesante, que es fundamental plantearse la existencia de los núcleos; ahora, también saber por qué están los núcleos y lo que lleva aparejado el quitarlos. El que la población esté agrupada en Castilla responde a un sistema de producción del campo castellano, donde podían, ahora con los tractores mucho más y antes con los mulos, alejarse del pueblo, porque hacían una serie de labores estacionales; podían estar el día entero trabajando en el campo y luego volver. El que en Galicia la población esté dispersa, aparte de otras razones, se debe a que por el sistema de trabajo que tiene, necesita estar todos los días en la finca, no solamente todos los días, sino varias veces al día, yendo y viniendo. Si, de acuerdo con un criterio urbanístico, parece razonable concentrar la población, hay que darse cuenta que esa población, en tanto que trabaja en el campo, está muy ligada al lugar de trabajo. Por lo tanto, ya no se trata sólo de cambiar una población con un criterio de ofrecer servicios a una serie de gente. Se trata de saber cómo las labores que hace esa gente y que las lleva haciendo toda su vida, cómo las van a poder hacer en lo sucesivo. El tratar este tema es un problema complejo. Este sistema de producción existe hoy día y durará mucho tiempo, porque sería utópico pensar que se puede hacer un cambio profundo de la población mientras siga existiendo el sistema de producción disperso.

A. F. ALBALAT.—Y teniendo en cuenta que hay muchas zonas del campo que se quedan sin gente que las trabaje; es decir, el sistema de producción provoca ese modo de vivir, pero la gente vive tan incómoda que se marcha. Ese sistema de producción que había hasta ahora puede ser bueno, pero el sistema de vida vinculado a esa producción no lo es y entonces se marchan.

M. ORJALES.—Es que hay una cuestión previa: definir las características del hábitat tradicional gallego, a qué responde ese tipo de hábitat. Esto está muy ligado al sistema productivo. Seguramente nos va a dar un modelo de hábitat medieval: cultivos distribuidos en zonas más o menos concéntricas, el área residencial en el primer círculo, el área de huerto en el segundo, el labradío después, el monte, etc. Esto está muy generalizado en todos los países europeos que han pasado por un tipo de economía autárquica. ¿Qué equipamiento de servicios corresponde a ese sistema productivo? Al contestar nos daremos cuenta que precisamente a un modo de producción corresponde un tipo de necesidad de servicios sentida, y que de esos servicios sí están dotados nuestros lugares. Después veremos que se está operando un cambio socioeconómico, los factores del cambio, qué repercusiones tiene en la estructura espacial de la población y, por último, qué nuevas necesidades de equipamiento social plantea. No podemos separar los modelos que tenemos de equipamiento de servicios de los factores socioeconómicos, no podemos desligarlos porque de poco vale que tú creas que hay que dotar de alumbrado público una aldea, que deba la población contar con un sistema de calefacción en las viviendas, si la economía todavía no es monetaria y dicha población no puede pagar el coste que representan esos servicios. Eso sería un fracaso. Hay que ver en qué estadio estaba o está la economía de Galicia, ver si efectivamente corresponden las dotaciones

de servicios a ese sistema económico, y entonces nos podemos encontrar con que estamos en un país todavía con pautas y características de tipo medieval. Si lo queremos fechar, quizá correspondan al siglo XV; en muchos servicios, la agricultura mantiene todavía las innovaciones introducidas por el Císter.

A. F. ALBALAT.—Es carísimo vivir en un entorno del siglo XII y con aire acondicionado. Lo ideal si te desentendieras del problema que te rodea, es comprarte un pazo, o una buena vivienda rural, y meter aire acondicionado, pero es una utopía al nivel de utilización generalizada que estamos tratando y que es el que importa. Habría que inventar un modelo. A los arquitectos a veces nos encargan una vivienda rural y hacemos una vivienda folklórica; tienes que hacer una vivienda «urbana, pero rural». Entonces, tienes que ver lo que es esencial y lo que es accidental; debido a otros factores secundarios. Esto lo estamos viendo cada vez que te encargan un proyecto y quieres resolverlo con una mínima honestidad. Y cuando llegas ya a un conjunto de habitación, mucho peor; es complicadísimo y entonces lo que se plantea es inventar un modelo, ni urbano ni rural, un modelo que supliera lo que se está haciendo y, en cierto modo, lo que se está cayendo.

M. ORJALES.—El modelo, sin embargo, debe tener presente el estadio de desarrollo de las fuerzas productivas. Cuando tenemos muchos agricultores produciendo para subsistir, insertos en una economía natural, si le empiezas a decir que lo bueno es la calefacción y el aire acondicionado, los hombres te escuchan como si fueses un americano en la corte del rey Arthur. El modelo de habitación, para ser viable, habrá de corresponder a un modelo económico.

M. BAENA.—Mi experiencia es que hemos visitado durante seis años quinientos lugares en una comarca homogénea, que no está ni muy cerca ni muy alejada de Lugo ni de Santiago, sino que está en una zona intermedia, que es la del Ulla. Cada lugar de estos tiene diez casas, aproximadamente, y estaban muy dispersos y muy incomunicados. El primer problema que la gente nos ha planteado es la unión, todo el mundo quería unir estos lugares para poder salir y entrar, y tenían este problema para el cultivo, y además para trasladarse al pueblo más cercano.

A. F. ALBALAT.—¿Comunicar o unir? ¿La gente quiere comunicarse o unirse?

M. BAENA.—Comunicarse con carreteras, de unirse nada, el lugar sigue como tal lugar. Lo que ha sucedido es que, al hacerse caminos, se han mejorado las casas en la mayor parte de los quinientos lugares de esta zona. Incluso se han construido más casas. Yo veo más casas, pero al haber hecho estos caminos, se han ordenado: en vez de construirlas en medio del labradío, las han hecho más pegadas al camino. Se han ordenado un poco naturalmente, y no se ha cerrado ninguna casa, quizá alguna antigua y se ha abierto otra. Se han abierto muchas más en la comarca esta que en las comarcas de Lugo o en la montaña; es una comarca de la zona media del Ulla. Y he visto además gente de la ciudad que se ha hecho chalets allí.

M. ORJALES.—Baena está hablando de zonas en que se ha solicitado voluntariamente la concentración parcelaria. Y esto sucedió porque dichas zonas habían pasado ya a una economía de cambio, a través de la comercialización de la leche, etc., con lo que entonces ya necesitan una red viaria más compleja. Son comunidades mucho más dependientes que la comunidad tradicional, que es independiente y autárquica. Pero, por ejemplo, vas a determinadas zonas de la montaña de Galicia donde todavía no han pasado a una economía dineraria, y allí no desean la concentración parcelaria, están felices con sus carros, que están muy adaptados a las corredeiras, y apenas tienen necesidad de nuevos servicios.

M. BAENA.—En los quinientos lugares a que me referí se hicieron caminos, que todavía no se han terminado. Entonces, se van a comunicar y van a quedar como unos barrios compuestos por diez casas cada uno, unidos entre sí y cada uno con sus zonas de labradío separadas, de forma que no tienen que trasladarse muy lejos, sino que los propietarios viven cerca del ganado y del labradío. A esto habría que añadir el arreglo de tales lugares, a base de asfaltar o empedrar y sanear los ruiros, que están en un estado de saneamiento horrible, como en el siglo III, ya ni llega al XII, porque sanitariamente están en un estado muy malo. Con una inversión en estos lugares, una inversión fuerte, casi igual a la que hace falta para la comunicación, se podrían urbanizar los lugares, urbanizar en el sentido de sanear, empedrar, poner aceras, abastecimiento de agua.

pequeños depósitos de deyecciones y puntos de luz. Entonces, se vería desde lo alto como una ciudad toda de quinientos barrios dispersos, que tiene veinte mil habitantes.

A. F. ALBALAT.—Conste que al decir yo todas esas cosas antes, no creo, porque aparte de eso no es posible, que haya que anular las aldeas y hacer pueblos. Lo único que hago es poner en cuestión el núcleo rural actual. En mi opinión, habría que crear un nuevo modelo de hábitat, no vamos a decir ni rural ni urbano. El nuevo modelo no sería un punto de partida, sino un punto de llegada. Ese punto de partida debe ser alguno de los que vosotros decís, en una palabra, que al final la gente viva según deba vivir. Que es por lo que hay que empezar. Y perdón por esta elementalidad.

M. ORJALES.—Imagínate que Galicia pudiera dar un paso de una economía, llamémosle precapitalista —es un término muy vago pero puede valer aquí— a una economía de mercado, digamos de tipo capitalista. Que la agricultura se fuera perfilando a base de romper la autarquía, de que los campesinos empezaran a vender sus productos y llegaran a considerar el capital como un factor de la producción; que pasara, digamos, a una economía competitiva. Probablemente, aquí se empezarían a plantear una serie de necesidades por sí mismas, los campesinos exigirían su satisfacción y la Administración quizá les respondiera en cierta medida. Nos encontraríamos que, adaptado más o menos a la geografía, al medio ecológico, sería válido un modelo de equipamiento parecido al que actualmente rige en regiones de Europa con características parecidas a Galicia. Ahora bien, hemos llegado muy tarde; han pasado dos o tres siglos y seguramente en Galicia no se pueda operar ese cambio de una economía precapitalista a una economía capitalista; es más, digamos que las fuerzas que están operando en Galicia parece que no orientan el desarrollo económico del país por ahí. Galicia se está transformando en un país dependiente, casi, de una economía extranjera, que no va a vender seguramente productos agrarios al exterior, sino que va a vender personas. Entonces, ¿qué pasa? Que el tipo de necesidad es otro: el que responde a las exigencias de la economía europea monopolista, que está incidiendo en el país. El cliente que va a vosotros seguramente no es un agricultor que desea pasar de una economía cerrada a una economía de cambio, sino un emigrante que lo único que desea es hacer una vivienda para pasar sus vacaciones o invertir sus ahorros, porque el hombre no sabe todavía cómo se va a situar en Galicia, y lo que quiere no es más que hacer un centro residencial para utilizar durante un mes o tener allí a su familia y mandarles dinero. Este hombre está inserto en un sistema económico muy distinto al que tiene ese campesino que hablábamos antes, digamos holandés o belga, y quien lo dice: «No construya usted su casa en el campo, constrúyala en la ciudad». Todos los medios de comunicación le están diciendo que compre un piso, que es rentable, le ofrecen el valor de la especulación, etc., y la misma sociedad le brinda en la ciudad el acceso a unos bienes y servicios que le niega en el medio rural. Todo esto responde a la estrategia de una burguesía compradora que pretende que nuestro campesino no produzca en su país, sino que se integre —como fuerza de trabajo— dentro de la economía europea, para así beneficiarse de sus remesas. Aún así, hay emigrantes que dudan, no compran el piso y, por razones de tipo afectivo o porque no ven muy clara su situación en el extranjero, hacen su casita en la parroquia, lo que ellos llaman un «chalet», que se distingue por ser una casa unifamiliar, con un porche y una columna de uralita sosteniendo el porche, que tanto estamos viendo por ahí. Quizá muchos de estos últimos se reincorporen a la agricultura gallega.

C. PORTELA.—La situación y las alternativas dependen tanto de un sistema político como de un sistema económico. Yo creo que si damos una respuesta a unas necesidades de hábitat desde el punto de vista de arquitectos, daremos siempre unas soluciones ideales, que no van a corresponder con las soluciones políticas, económicas, socioeconómicas que en ese momento estén en vigor. Quizá como metodología para enfocar el tema, yo me centraría en un análisis de lo existente, hasta llegar incluso a poner en cuestión el hábitat tradicional, que a lo mejor está adecuado a un sistema productivo muy peculiar, y ver sus posibilidades. También creo que puede tener interés el poner en cuestión si realmente la vivienda tradicional en el rural sirve, dado el sistema de producción existente, o si realmente no, o si son pequeñas las modificaciones necesarias. Creo que hay una serie de problemas: a lo mejor, con un sistema de producción que se mantiene a lo largo de siglos, la vivienda tiene que estar adecuada a esto y todo se soluciona con pequeñas modificaciones; si realmen-

te los cambios en el sistema socioeconómico fuesen tan fundamentales como para haber provocado serios cambios en el terreno de la construcción, esto justificaría una ruptura con el sistema tradicional.

A. BASANTA.—Yo quería decir una cosa un poco como resumen de todo lo que hemos hablado, que me parece que puede fijar el concepto de núcleo rural. Se ha hablado aquí de un nombre que a mi me parece muy exacto, y es el de «lugar». Casi me atrevería a decir que los «núcleos» rurales en Galicia no los podemos considerar como esencialmente rurales. Cuando se llega a una concepción de núcleo desde un punto de vista un poco más urbano, ese es un núcleo que tiene una necesidad de relación social, porque el lugar es lo que priva dentro de la organización del «modus vivendi» que hay en Galicia. Generalmente, los que viven en ese lugar o en ese barrio están bastante satisfechos de cómo se encuentran, aunque es muy pobre el acondicionamiento de esas viviendas. Aquí en Galicia lo que sucede es que, normalmente, estos lugares son autosuficientes para el consumo y los que los habitan se encuentran bastante a gusto. Entonces se produce la traslación de las personas para las que no es autosuficiente este sistema de producción, que se van a la ciudad o al extranjero, pero siempre con una tendencia de retorno a este origen y, realmente, son los que transforman este lugar con las nuevas casas, con estas nuevas edificaciones, porque es curioso lo que está pasando, que la construcción rural típica creo que se revaloriza con la posición económica y el nivel cultural. Hay una cantidad de gente con posibilidades que retorna a esas viviendas, mejorándolas, y creo que esto se está dando de un modo cada vez más acentuado en Galicia, por lo menos en la provincia de Lugo está sucediendo así. Quizá la población en la provincia de Lugo está más concentrada dentro de estas zonas del rural, no está tan dispersa.

A. F. ALBALAT.—Basanta, ¿tú crees entonces que el emigrante de tipo medio, no el millonario que venía de América, vuelve a vivir a la aldea?

A. BASANTA.—Hay bastantes casos en que sucede.

A. F. ALBALAT.—¿Y con qué economía? Lo que suelen hacer los emigrantes, en general, van, ahorran dinero y después, con lo que tienen, vienen y quieren montarse un pequeño negocio o lo que sea, es decir, cambiar de vida. Se van porque se vive mal en la aldea y, por mucho que echen de menos a los suyos, en cuanto vienen montan un negocio no cualificado, del tipo que sea, en un suburbio, en un arrabal o en un pueblecito. Entonces, a mí me choca mucho esto que dices que el que vivía en una aldea vuelve a la aldea. ¿En qué invierte su dinero, de qué vive?

A. BASANTA.—Yo no sé qué hace con el dinero, posiblemente lo meta en la Caja de Ahorros y viva de rentas. Hay también mucha gente que vuelve a la aldea y que monta, como tú dices, una cantina en la planta baja de su casa.

J. A. RUEDA.—La mayor parte de los que capitalizaron la agricultura no eran emigrantes. Estos emplearon sus ahorros en mejorar el hábitat y raras veces han invertido su dinero en el campo. En las explotaciones que nosotros hemos auxiliado, el porcentaje de emigrantes es mínimo. Cuando lo han empleado, ha sido en mejorar el hábitat. Es cierto que tampoco vuelven millonarios de Alemania. El que ha vuelto con medio millón de pesetas se ha hecho la casa o ha arreglado la que tenía pero, generalmente, no lo ha invertido en la agricultura, ni tampoco sabe a dónde ir, no encuentra otra ocupación, y sigue viviendo como estaba. Lo racional sería que el dinero lo invirtiera en mejorar el sistema de producción.

J. G. BERAMENDI.—¿Me perdonáis un momento? Llevamos ya hora y cuarto y todavía no hemos fijado unas cuestiones concretas. Me parece muy interesante todo esto que estamos diciendo, pero me parecería mucho más operativo centrarnos en dos o tres puntos fundamentales y atenernos a ellos. Tal vez convendría analizar la realidad de partida para pasar luego a tratar una serie de aspectos que pertenecen más al campo de la prospectiva.

A. F. ALBALAT.—Estamos intentando centrar el tema de la identidad del núcleo rural.

C. PORTELA.—Yo creo que como aquí la variedad es tan grande, conviene aclarar a qué nos estamos refiriendo, si al rural asimilable al suburbio, al rural medio, al rural en la montaña, etc. Hay que intentar clasificar y sistematizar un poco esos diversos tipos de hábitat y después incidir en cada uno de ellos.

Las formas de asentamiento en Galicia

M. ORJALES.—Existen unas definiciones oficiales del I. N. E., que son conceptos que pueden o no valer, y que en mi opinión no valen. Se suele utilizar un criterio de tipo cuantitativo, según el cual se considera zona rural aquélla que cuenta con entidades de población menores de 2.000 habitantes. Claro que no tienen en cuenta aspectos cualitativos, como pueden ser el tipo de actividades que desarrollan, que es lo más válido. Te encuentras en Galicia que hay entidades de población de muchísimo menos de 2.000 habitantes, incluso de 30 ó 40 familias, que tienen características urbanas muy superiores a las de un núcleo de población castellano que a lo mejor tiene 1.000 ó 3.000 habitantes, porque el 90 por 100 de las familias que residen en las primeras se dedican a actividades de carácter secundario o terciario y, en cambio, no hay campesinos.

A.F. ALBALAT.—Es que una estadística cuantitativa para Galicia no sirve. Lo que distingue mucho lo rural de lo ru-ro-urbano, desde un enfoque cualitativo, es el cómo trabaja la gente y, sobre todo, cómo se relaciona la gente, cómo se divierte. Te encuentras con que el marido va a trabajar a la ciudad, la mujer cuida gallinas y se divierten con unos bailes iguales a los que hay en la ciudad. Entonces, esto es de carácter urbano. La aldea es donde sólo viven campesinos, piensan y actúan como campesinos. Lo otro es un núcleo mucho más ciudadano de lo que parece. La movilidad de la población en Galicia es otro problema gordo que también puede incidir en la calificación de lo rural o lo menos rural. En la comarca de El Ferrol, el porcentaje de gente que se mueve es el equivalente al de una zona metropolitana de Norteamérica. Me parece que el 80 por 100 de la población activa de La Coruña vive fuera de La Coruña.

M. ORJALES.—En la aldea realmente campesina, el agricultor tiene todavía los animales en su casa, no tiene dinero para pagarse unos servicios y el poco dinero que tiene lo acumula para pagarse las necesidades más apremiantes, como la medicina. El mismo acondiciona su casa y hasta llega a construirsela, ahí no va el arquitecto, ni va el urbanista, ni va la Administración, ni va nada, porque entre otras cosas, desconoce la Administración. Este es el tipo de campesino que se ha dado hasta hace muy poco tiempo. Tenía un excedente de producción que vendía para agenciarse ese poco de dinero que podía obtener, y lo hacía a través de unos centros comerciales que incluso no tenían ni estructura física, como son las ferias, que muchas veces no es más que una aldea donde se reúnen los jueces. Cuando los mercados se fijaron, nació la villa, y a medida que iban aproximándose a una economía de cambio, evolucionaron los núcleos urbanos. Esta era la evolución que hasta hace poco se podía apreciar en Galicia. Mas irrumpe un sistema capitalista más desarrollado, el europeo, que demanda mano de obra y que ha desarticulado todo, ha producido una gran crisis en el sector primario y ha confundido todas las pautas de desarrollo.

J. ALVAREZ-UDE.—Yo quería preguntar si estas modificaciones del sistema de producción suponen una desaparición de la idea que tenemos del núcleo rural, de entidad rural o de vida rural normal.

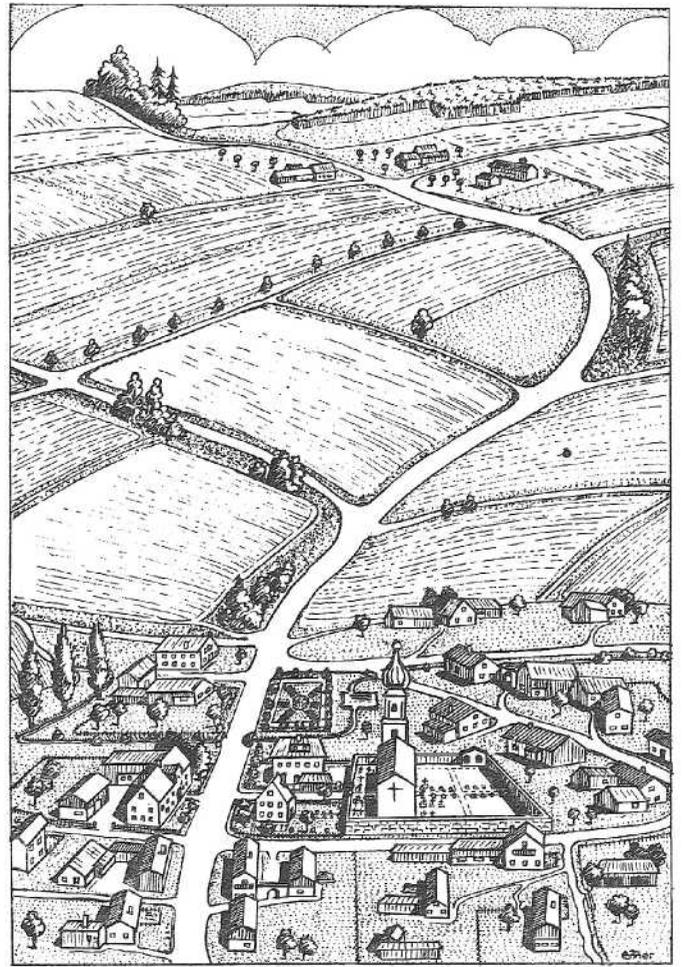
M. ORJALES.—El tractor modifica totalmente las pautas de asentamiento y de dotación de vivienda en el medio rural, porque ya es un área mucho mayor que puede abarcar; con el ganado no se puede pasar de un área y con el tractor sí.

A. F. ALBALAT.—Yo veo que la sustitución del carro por el tractor, como tú decías, amplía el radio de la explotación. Un señor podía trabajar a cinco kilómetros de la casa, porque sino, con el carro se pasaba un día en el camino; ahora puede trabajar a diez, en teoría, pero esa teoría no se ha cumplido.

J. A. RUEDA.—La posibilidad de distanciamiento va mucho en función del método de producción. Para mí el problema fundamental es que la economía campesina gallega está basada en el ganado vacuno. Este tipo de ganado necesita, como sabéis, durante la época que hay hierba, parte del año, tomar equis kilos de hierba por cabeza. Eso significa llevar la hierba de un sitio a otro. Antes, con el carro, tenía los prados a un kilómetro de la vivienda, como mucho; ahora, con el tractor, los puede tener a cinco, pero todavía no entraron en eso de desplazar los prados tan lejos. Es que no se trata solamente del tractor, se trata de que en el régimen de alimentación del ganado vacuno se necesita mover gran cantidad de productos, productos que hay que guardar para el invierno, y esto implica unas técnicas que no se conocen bien. Una de las cosas que ha revolucionado tanto como el tractor es el silo. Allí metes la hierba, la tapas y se realiza una fermentación láctica que permite tener alimentación para el ga-



Aldea; antes de la limpieza del suelo.



Nueva aldea, con suelo limpio y evacuaciones (Traslados).

De Das Dorf im Wandel, Hiltrup bei Münster, 1968, pp. 48-49.

nado durante el invierno. Eso lo ha revolucionado por completo y hay señores que tienen un tractor y «están al día»; tienen una máquina que ha salido anunciada en una revista francesa y, en cambio, alimentan el ganado casi como en el siglo XII.

M. ORJALES.—En la parte de la montaña, el pasar de una tecnología simple, del arado de vertedera al tractor, ha potenciado mucho más la agricultura de montaña, porque había extensas zonas improductivas que han sido renovadas, que son los relativamente extensos pastizales que están haciendo y que han permitido que cada familia incluso tenga un tractor, cosa que donde está mucho más parcelada, en las zonas fértiles con mayor densidad de población, no pueden permitirse un tractor y lo alquilan, apareciendo un servicio distinto, que es el arrendamiento del tractor, que no es propiedad de los agricultores. En estas últimas zonas se ha producido antes un cambio del ganado, luego viene el arrendamiento del tractor, después viene el cambio en las instalaciones ganaderas, en definitiva, el sacar las vacas de la casa. Esto está ocurriendo en todos los sitios, unos lo hacen según el ganado que tengan, sobre todo aquéllos que pasan de cuatro o cinco vacas. Ya les queda un espacio libre en la casa. A partir de ahí, la necesidad que les surge es la de renovar la casa, adecuarla, pero es que antes, para que el tractor fuera rentable y operativo, era necesaria una concentración de la propiedad y, por otra parte, hacía falta una red viaria por donde el tractor pudiera circular. Ya vemos entonces dos necesidades nuevas, que son la concentración parcelaria y la necesidad de una red de caminos. Después viene el que saquen las vacas de la casa, la renovación de la casa. Piensa siempre que ya estamos dentro de una economía dineraria un poco más fluida. La dotación de la casa, de los caminos, incluso el tipo de instalaciones ganaderas, trae consigo la necesidad del abastecimiento de aguas y de la energía eléctrica.

J. A. RUEDA.—Hablamos de núcleos que están dotados de energía eléctrica, pero es una energía calculada para dos bombillas de 20 W. Gente que nunca se había planteado el problema de tener más energía eléctrica en casa y que, al cambiar el ganado, ha visto que en cuanto pasan de diez vacas, hay un aparato que le viene muy bien, que es la ordeñadora. Nadie dice: «No podemos tener lavadoras, televisores, lavaplatos». «No podemos tener la ordeñadora —es la gran queja— porque la energía eléctrica es muy floja», y al tener un aparato es cuando se ven las limitaciones que tiene. Hay parroquias donde nadie se había quejado de la luz y ahora, al meter la ordeñadora, igual que si les hubiera dado por poner lavaplatos, es cuando se han dado cuenta de que, hoy por hoy, la energía eléctrica es insuficiente.

M. ORJALES.—Entonces, cuando quieren renovar la casa y mejorarla, se pueden encontrar con una casa que no valga para nada, que no tenga arreglo, que el gasto que representa arreglar la casa sea superior a hacer una casa nueva y, en ese caso, si ya tienen dinero acumulado, se orientan a hacer un nuevo edificio. Cosa curiosa, si se ha hecho la concentración parcelaria, te encuentras con que lo ha edificado en medio del campo, en la parcela mayor y aumenta el grado de dispersión de la vivienda, salen del rueiro y hacen una casa nueva en una parcela. No estamos hablando de los emigrantes, estamos hablando de un porcentaje pequeño de agricultores que están pasando por este proceso.

A. F. ALBALAT.—Pensemos también si, por decirlo de un modo directo, sobra gente en el campo. Se han hecho estadísticas en las que se observa que a medida que hay países con más standard de vida, resulta que hay un porcentaje de gente menor en el campo. En Galicia, concretamente, el porcentaje de la población gallega en el campo es inmenso. Yo creo que estas estadísticas, en parte, fallan, porque hay esa población intermedia ru-ro-urbana. Aparte de eso, ¿no creéis que si aquí hay una cantidad tan grande de población en el campo —ese porcentaje es mucho mayor que en el resto—, que entonces lo que está habiendo es un excedente, y que el campo admite una cantidad de gente y la que no admite, por activa o por pasiva, como sea, se va?

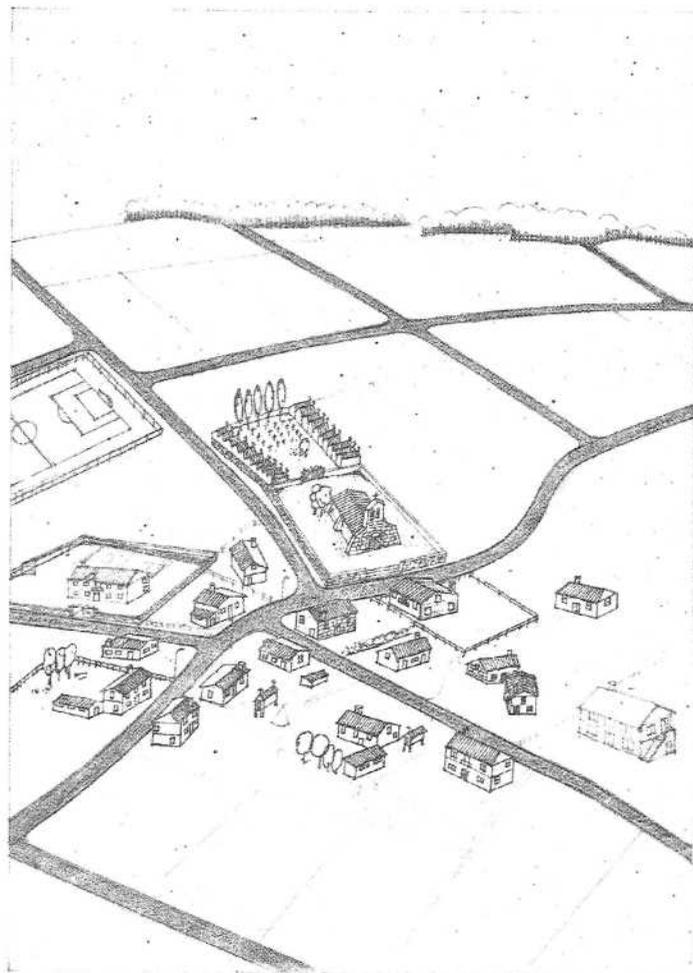
M. ORJALES.—Vamos por partes, depende de lo que consideremos población excedentaria en el campo. Si un agricultor tiene unos ingresos y tiene que competir con salarios más elevados que está ofreciendo la industria alemana, llega un momento en que pueden despoblar toda Galicia y esto se transforma en un bosque. Piensa que todavía los recursos naturales de Galicia no están aprovechados, no se le ha dado una alternativa de desarrollo a Galicia, y antes de habérsela dado, en cambio, la pones en competencia con una sociedad muchísimo más desarrollada, como es la europea. Esto está despoblando el campo, pero es que todavía no sabemos la capacidad que tiene el país para mantener en un nivel, digamos, aceptable a la población que reside aquí. Hoy por hoy, sólo se le ofrece al campesino o seguir con su sistema tradicional o, en cambio, ser un obrero más o menos eventual en el extranjero, con unos salarios que, efectivamente, no puede obtener en su explotación, porque el mercado aquí está funcionando desde hace muy poco tiempo.

J. A. RUEDA.—A mí me parece que tu pregunta iba más lejos, me refiero a lo de Estados Unidos. Hay una cosa evidente, que ya lo hemos hablado alguna vez, que es muy gráfica: en Estados Unidos un agricultor se alimenta él mismo y 36 personas más, me parece. Quiere decir que los agricultores en los Estados Unidos son un 3 por 100 de la población total. En Galicia un agricultor apenas puede alimentar a otra persona además de a sí mismo, puesto que hay más población en el campo que en la ciudad. ¿Cómo se podría explotar Galicia? Es lo que tú decías de la desaparición del núcleo rural. Si en Galicia hubiera una política de estructuras y de sistemas de producción que permitiera —que lo permite— que solamente el 10 por 100 de los gallegos trabajara en el campo, sería factible, puesto que aplicando la técnica en Estados Unidos ya está, que un 10 por 100 de los gallegos produjera alimentos para el 90 por 100 restante, y entonces la cosa cambiaría por completo.

J. G. BERAMENDI.—Lo que propones es una alternativa de industrialización capitalista casi de manual, de pizarra. Sin entrar ya en si tal alternativa es o no deseable, yo me pregunto: ¿es posible a estas alturas?, porque ese 10 por 100 de agricultores capaces de sacar adelante ellos sólo la producción agraria implica una población activa, bien equipada, con un elevado nivel de formación y, sobre todo, joven.



Caso tipo de concentración parcelaria y ordenación del lugar. Estado inicial.



Caso tipo de concentración parcelaria y ordenación del lugar. Estado final.

M. ORJALES.—Es que no podemos, porque ese joven que tendría que hacer el esfuerzo de poner a producir el país, lo está comprando el industrial alemán a un precio que en este momento nosotros no podemos ofrecérselo. Sólo nos quedan mayoritariamente viejas y niños, ¿cómo vamos a roturar los campos?

J. A. RUEDA.—Sería factible en una parroquia donde hay cuarenta vecinos o cuarenta familias viviendo allí, que explotaran eso produciendo el doble, en vez de cuarenta, entre cuatro, el 10 por 100 lo hace perfectamente. Ahora, primero, ¿cómo consigues hacerte con la propiedad del 90 por 100 restante? Ese es un problema grande, político, jurídico y tiene todos los aspectos que quieras, y aunque lo consiguieras y aquella gente saliera de allí, ¿qué haces con ellos?, porque esto resulta que es la parte peor de la población, es una población envejecida, una gente que no sabe hacer otra cosa, eso plantea una situación a la inversa. Técnicamente es posible, y si en Galicia cayera ahora una bomba atómica y contaminara todo, después se descontaminara y quedara una Galicia virgen, sería muy fácil hacer una colonización, como lo hicieron en las praderas americanas, que es un país muy fértil y da ocasión de hacer lo que te dé la gana, pero teniendo en cuenta las estructuras actuales de propiedad, jurídicas, de todo tipo de la Galicia actual: ¿cómo haces ese cambio? ¿Cómo pasas del sistema actual de producción actual, que es tan complejo y tiene una serie de rutinas y hábitos —muchas veces razonables, porque es un aspecto de estructura que una cosa lleva a la otra— al sistema de producción ideal? Quizá el equilibrio está en un término medio. No cabe duda de que el sistema de producción ideal, desde un punto de vista así, es que la agricultura sea el señor que se alimenta él y quince más, y los otros quince se dedican a otra cosa o a no hacer nada. ¿Cómo llegas a eso?

M. ORJALES.—Esto ha pasado a ser una comunidad tan dependiente y tan casi integrada dentro de una economía más desarrollada a nivel europeo, que la solución de poner en producción todos esos recursos que están actualmente improductivos es francamente difícil.

M. BAENA.—Yo digo que el lugar todavía existe, pero, ¿cómo crece, cómo se ordena el crecimiento del lugar? ¿Qué se está haciendo? Un crecimiento lineal a lo largo de carreteras, haciendo desaparecer el crecimiento de los lugares, cuando lo ideal es idear una forma de distribución de los lugares, o bien un asentamiento distinto del lineal. Yo digo que es una pena que, por problemas urbanísticos o lo que sea, desaparezca esta forma de asentamiento y se sustituya por una cosa lineal.

M. ORJALES.—Tú no estás de acuerdo con el tipo de ciudad, digamos, de una sociedad capitalista industrial, pero no puedes estar de acuerdo tampoco con el lugar tradicional, que corresponde a un sistema productivo superado. Lo que pasa es que se puede hacer otro modelo de asentamiento mucho más en consonancia con la naturaleza, menos destructivo del medio rural.

M. BAENA.—En donde puedas ver el campo desde tu casa. En el lugar lo puedes ver, en cambio desde las casas que haces a lo largo de la carretera ya no, no ves nada más que los coches. Yo creo en el lugar, hay mucha gente que está comprando casas en el rural.

A. F. ALBALAT.—Ciertos madrileños compran molinos de viento en la Mancha, pero no los explotan. Quiero decir que yo creo que hay mucha gente que se compra casas de campo, pero esto no indica nada.

M. ORJALES.—La sociedad industrial europea está deseando que el agricultor haga un poco como ese burgués que se compra el molino, lo que pasa es que quiere crear ciudades-dormitorio o naciones-balneario de un obrerado. Lo que desea verdaderamente es que se haga su casita, que no produzca nada, que vaya y venga, le facilita vuelos charter, sistemas de crédito, etc., toda clase de facilidades. Pretende que vaya y venga, porque hay toda una fracción de la burguesía que se está aprovechando de ese intercambio, que es concretamente, sobre todo, la fracción financiera, que es la que más está operando aquí y la que verdaderamente hoy en día es la hegemónica. Pero estábamos hablando de ese porcentaje pequeño de campesinos que están pasando, no voy a decir de un modo natural, porque no tiene por qué ser así, de una economía cerrada a una economía de mercado. Este campesino, si su casa es muy mala, no la arregla y hace una casa nueva, y si la zona está concentrada, la hace en una parcela separada del núcleo de población, y como todavía se mantiene la unidad productiva familiar, es decir, la explotación familiar, mientras no acabes con eso la dispersión continuará e incluso se acentuará. En cambio, si se supera el sistema de explotación familiar, organizando cooperativas de producción, se podrán mantener los núcleos concentrados.

A. F. ALBALAT.—A pesar de todo, esos núcleos son el 47 por 100 de los de España. ¿Creéis que han de seguirse manteniendo?

M. BAENA.—Yo te lo puedo decir. He visitado muchos lugares y veo que no desaparecen porque, a pesar de lo que dices tú, aquello tiene vida y cada vez lo mejoran más.

A. F. ALBALAT.—¿Cuántos vecinos viven allí? Cuarenta personas, que son diez familias. Los sociólogos tienen la palabra. ¿Crees que diez familias es una unidad ideal, hasta psicológicamente, para convivir? Yo creo que no. Diez familias, todos teniendo hijos con todas, con lo cual se reproduce la raza, y todos peleándose con todos, con lo cual ganan los abogados en los pleitos. Yo creo que la unidad de convivencia tiene que ser tal que no se pierda la individualidad, y tal que no se machaque la individualidad. Es decir, si tú vives inserto en una comunidad de cien mil habitantes o de cincuenta, a estos niveles de población rural, sería excesivo. Si tú vives todos los días con diez familias, en esta unidad apretada y en un hábitat muy reducido, acabas con una auténtica psicosis y neurosis de estar siempre allí, y con los mismos.

M. ORJALES.—La endogamia se produce en comunidades independientes, pero si estamos hablando ya de relaciones más complejas, que están integradas en áreas mucho mayores con una economía más complicada...

A. F. ALBALAT.—... entonces no son núcleos de diez familias, son núcleos de trescientas familias. Esto lleva consigo una red viaria, una comunicación tan grande que psicológicamente te altera esto, para bien, pero en cambio te lo encarece, porque, ¿quién mantiene a Galicia con el 47 por 100 de núcleos de toda España, a base de diez familias por núcleo?

J. A. RUEDA.—¿Tú crees que el coste social y económico de mantener la red viaria y mantener ahí una red de energía eléctrica y todo lo demás sería más caro que tirar los lugares y hacerlos de nuevo? ¿Abandonarlos y hacerlos en otro sitio?

M. BAENA.—Es que no se trata de abandonar lugares, se trata de aprovechar lugares que ya existen.

A.F. ALBALAT.—Hay un gasto social importantísimo, aunque sea a fondo perdido, pero si ese gasto social compensa en cuanto al comportamiento y al grado de habitabilidad de la población, compensa, aunque no sea un gasto recuperable de inmediato.

M. ORJALES.—Ese modelo no está pensado para una sociedad de campesinos, sino para favorecer una división del trabajo que da lugar a una sociedad que ya sabemos es alienante y es bestial y está en fracaso. Por cierto, los ingleses han introducido pautas de tipo rural y de tipo artesano en la revalorización de su hábitat y lo han mantenido con gran respeto cuando tenían una sociedad industrial desarrolladísima; han mimado lo bueno.

J. A. RUEDA.—Para mí, el modelo teórico sería: la vaca tiene que estar siempre al lado de la hierba y un número determinado de hombres tiene que estar cerca de ella; por tanto, el modelo sería una serie de explotaciones en estrella con una red de accesos. Desde luego, la red viaria hay que mantenerla porque, viva donde viva la gente, tiene que ir al campo.

A. F. ALBALAT.—Entonces, acabamos en la molécula urbana de Miguel Fisac, con elementos concéntricos, lugares equidistantes y lugares equipotenciales, a los niveles que sean. Acabas diciendo que el factor determinante es hierba-vaca-hombre. Entonces, como hierba y vaca no se pueden mover de donde están, el hombre es el que se tiene que mover.

J. A. RUEDA.—Sí, pero eso si cambia el sistema de producción de forma que los hombres se turnen para atender a las mismas vacas.

A. F. ALBALAT.—Creéis que —y en eso coincido con vosotros— uno de los muchos procedimientos, o de los pocos, que pueda tener Galicia para que esto entrara un poco en vereda sería el cooperativismo, porque en cuanto sigas con la economía familiar, te vas a una diseminación mayor todavía. Lo que antes no se dijo es que con la economía familiar antigua la gente vivía agrupada por necesidad, por una propia defensa del medio hostil. Sin embargo hoy, en cuanto una tecnología incipiente le da unos medios para defenderse de esto, los hombres se separan unos de otros y acaban con ese modelo de asentamiento.

M. BAENA.—Pero es que no se trata de inventar ningún planeamiento de poblaciones. Lo que hay que hacer es apoyarse en la realidad. No se trata de hacer nuevos poblados de colonización. Porque en Tierra Llana, en Lugo, se han hecho y en vez de estar agrupadas las viviendas, se construyeron sueltas. Tierra Llana era un región que la colonización hizo de nuevo; entonces hicieron viviendas aisladas con una parcela de 10 Ha. por vivienda, y unos centros cívicos con la iglesia, el maestro, la escuela y una especie de tiendas. Al fin y al cabo, hay que decidirse: o hacemos núcleos o hacemos vivienda aislada. Yo creo que hay que seguir con el núcleo tradicional.

A. F. ALBALAT.—Todo modelo es una utopía, por supuesto, y es cierto que hay un momento en que empiezas a plantearte qué será mejor para ellos; por ejemplo, si de cuatro núcleos han de desaparecer dos para que se concentren con otros. Que sea lo mejor para ellos, de verdad. Lo que no puede hacerse es un dirigismo gratuito, que es a lo que estamos muy acostumbrados: el lápiz mágico del urbanista y del planificador, con desconocimiento de lo que pasa allí, ignorando la libertad del individuo, que aspira a vivir donde quiere y como quiere. Hay sitios donde se han hecho núcleos de viviendas sociales económicas que están deshabitadas. Pero desde el momento que esto sea una labor que tenga unas cuantas ideas básicas que sean aceptadas, y después se adapten a toda

la diversidad del clima y la topografía de las zonas, a lo mejor, por un proceso natural, no me atrevo a decir que los reduzcas al 10 por 100, pero a lo mejor se disminuyen en un 30 por 100 esos núcleos tan dispersos. Empiezas, por ejemplo, a dar una serie de beneficios a los señores que vayan allí, beneficios de tipo fiscal o lo que sea; es un modo de establecer una cierta ventaja o coacción, y si además —lo cual sería un poco el incentivo último— el núcleo está mejor de verdad y le pones alcantarillado, agua, luz y una serie de cosas, es muy posible que empiecen a despoblarse núcleos de población. Ha pasado en Castilla, en Galicia y en todos lados.

J. A. RUEDA.—Pero eso implica desertizar, esa despoblación trae aparejada una desertización.

A. F. ALBALAT.—Porque es una despoblación puramente espontánea y, a veces poco racional, la que se dio hasta ahora. Si esa despoblación fuese un poco estudiada desde la base, sería distinto. Yo creo que lo que no puede ser es un dirigismo muy actualizado; tendría que haber cierto dirigismo, no cabe duda, pero casi sin ser dirigismo, es decir, sería un poner en la comarca lo mejor para aquellos hombres, y entonces ésto sería operativo. Desde el momento en que se concentrara esta atención sobre el núcleo mejor, porque es el mejor, se cambiaría muchísimo y hasta desaparecerían ciertos demonios familiares que hay en Galicia.

M. BAENA.—¿Cómo crecería ese lugar?

A. F. ALBALAT.—Eso es lo de menos ahora. Para empezar, yo creo que en Galicia no puedes hacer una retícula así, como el ensanche de tantas ciudades; no puedes hacer un núcleo rural que sea como un ensanche porque, entre otras cosas aquí no tenemos, en general, unas llanuras. Tendría que ser, posiblemente, una cosa muy orgánica, esto es un problema ya de diseño. Hay un defecto de entrada, que es hacer planes municipales. El municipio, creo yo, es siempre insuficiente para tratarlo urbanísticamente, siempre te vas fuera y acabas haciendo mancomunidades de municipios, etc. Hay unas comarcas naturales. Tener plan municipal es mejor que no tener nada, pero los planes municipales, por lo menos en las ciudades un poco grandes, están superados por completo. Cualquier plan municipal de una capital de provincia o de una ciudad grande de Galicia se queda corto: la gente te viene de fuera, los servicios también. O crees en la comarca, o no hay nada que hacer.

J. A. RUEDA.—De momento, estamos todos de acuerdo en que si dejamos que las cosas sigan su cauce natural, va a ser un proceso lento, y no cabe duda de que en los núcleos de población hay una gran carencia de servicios.

A. F. ALBALAT.—Sobre todo, lo importante es tomar conciencia de que estamos en una etapa de transición. Y, si es así, habrá que ir por delante.

J. A. RUEDA.—La forma de provocar el cambio es llevar unos servicios a los núcleos actuales, concentrar los servicios en los sitios.

A. F. ALBALAT.—Que no sería demasiado difícil si existiera coordinación oficial. Pero como no se da tal coordinación, ésta hay que establecerla en planos particulares, a nivel de amiguetes, y claro, a nivel de amiguetes puedes coordinar un planteamiento parcial de diseño, pero una cuestión conceptual, que viene impuesta desde arriba, no se coordina a estos niveles y al final, lo que ocurre es que no hay coordinación alguna. Y así van las cosas.

M. ORJALES.—Estamos respondiendo mínimamente a lo que el paisano está pidiendo. Piensa que ese paisano para nada cuenta con la Administración, por un divorcio secular. Ellos no le llaman servicios públicos, son servicios de la parroquia, pero no manejan el concepto de público, oficial, que nosotros manejamos. Ellos hacen las cosas para ellos y manejan categorías de derecho privado: los abastecimientos de agua son privados. Cuando le dices que le das una subvención, por ejemplo, a través del Ayuntamiento, a veces te la rechazan, porque tienen miedo de que pase a ser un servicio del Ayuntamiento, por tanto público, por tanto municipal.

J. G. BERAMENDI.—Bien, esperemos que todo lo que se ha esbozado en esta mesa revuelta —como tan acertadamente la ha calificado Albalat—, sirva al menos para destruir ciertos esquematismos sobre los núcleos rurales de Galicia. ■